

ha faltado á Juanito, que se ha criado como el hijo del *mas mejor* caballero.

—¿Le has visto hoy?

—Sí, señor amo: por señas que la señora que le cuida, me ha estado diciendo que va á sentir mucho el día que se lo lleven de su lado.

—Cuidado cómo digas nada de este secreto á mi prima.

—No tenga cuidado su merced. ¿No tiene otra cosa que mandarme su merced?

—Nada, puedes irte.

—Quede con Dios su merced.

Y el indio se fué, mientras Miguel se quedó esperando á Enrique, pensando en los medios de que se debía valer para entregar á Luisa el hijo querido de su corazón.

CAPITULO III.

La venganza.

Eran como las seis de la tarde, cuando Matilde, ciega de celos por el rompimiento con Miguel, llegó á casa de la desdichada María, que, libre de funestos temores, estaba entregada á los pensamientos de su amor sin esperanza. Acababa en aquel momento de llevarla el chocolate una criada, la cual volviendo á entrar á poco con un vaso de agua, anunció la visita de una señora.

—¿Una señora!...—Dijo María sorprendida.—¿Su nombre?

—No me ha dicho; pero está esperando ahí fuera, y parece una señora principal.

—Dile que pase.

María se quedó á pensar sobre quién podría ser la persona que le buscaba, cuando entró Matilde.

Al verla, palideció la jóven, y no tuvo fuerza para alzarse de su asiento. La actriz conoció el efecto que habia producido su presencia; pero queriendo inspirar confianza y no terror, dió á su rostro cierta dulzura y amabilidad, que ocultaban perfectamente sus siniestras y depravadas miras. María notó aquella afabilidad que juzgó sincera, y se tranquilizó un poco. Matilde, que no apartaba la vista de los ojos de su rival, la dijo con la mayor dulzura.

—Conozco que tiene vd. sobrada razon, señorita, de sorprenderse con mi visita, pues no me olvido de la imprudencia con que traté á vd. en una época en que me creí ofendida por vd.; pero ahora que estoy unida á un hombre que idolatro, ahora que mi posicion social es muy diferente de la que entonces era, vengo á prestar á vd. un servicio, con el cual borre en parte la ofensa que inferí á vd., cuando mal aconsejada por

mis zelos me atreví á turbar su tranquilidad con palabras impropias en boca de una mujer que se precia de haber recibido una educacion esmerada.

La inocente María, cuyo compasivo corazon no podia dudar de las palabras de los demas seres, y que por otra parte abrigaba simpatías hácia aquella mujer desde el instante que la vió, no obstante la manera insultante con que fué á verla la vez primera, contestó, despues de haberla suplicado se sentara.

—Siempre olvido los agravios, para tener presentes los favores; y yo me complazco muy mucho en ver que he ganado una amiga á quien aprecié desde el momento que se presentó en esta casa.

—Cuanto mas reflexiono en las bellas cualidades que adornan á vd., menos me perdono mi pasada falta.

Dijo Matilde disimulando la ira de que estaba dominada, y que crecia á medida que tenia lugar de conocer el mérito de su presunta rival.

—Si quiere vd. complacerme, le suplico

no volvamos á tocar ese punto que á vd. mortifica.

—Ya que es vd. tan amable que disimula mi pasada falta, sea como vd. dispone.

—Mil gracias. ¿Y cuál es el servicio que tiene vd. la bondad de venir á prestarme?

—Sé por mi esposo, que participa en política ideas contrarias á las de su primo de vd., que tratan de ponerle preso.

—¿Será posible?

—A no dudarlo; pero sea vd. reservada, para que nadie, ni él mismo, sepa que soy yo quien le ha comunicado á vd. esta noticia: sabe vd. que las cosas en política están muy delicadas, y no quisiera que nadie supiese este paso que he dado para reparar mis pasados errores, y prestar un servicio al hombre que amé, y á quien ahora solo puedo mirar con un aprecio que no puede inspirar á vd. sospecha ninguna.

—¡Ah!.... no señora: el paso que ha dado vd. es digno de una alma generosa, y nunca olvidaré el favor que acaba vd. de prestarnos.

—No he hecho mas que cumplir con un deber de conciencia.

—Pero por atender á lo que vd. tenia que decirme, se me habia olvidado ofrecerla chocolate. ¿Vd. gusta tomarlo?

—Mil gracias.

—Con toda franqueza.

—Lo agradezco infinito; pero acabo de tomarlo en mi casa. Lo único que tomara con gusto para refrescarme, si no temiera molestar á vd., seria un poco de agua con unas gotas de vinagre.

—Con mucho gusto; voy á mandar que se la traigan á vd. inmediatamente.—Dijo María levantándose de su asiento—tenga vd. la bondad de esperar.

—Pero se va vd. á molestar por mi causa.—Contestó Matilde temiendo que entrara la criada.

—Nada de eso.

Respondió la confiada jóven que ignoraba el empeño que tenia la actriz en hacerla salir de su cuarto, y partiendo violentamente.

En los ojos de la vengativa Matilde bri-

lló la mas siniestra alegría, porque vió cumplido su deseo.

En cuanto la engañada prima de Miguel salió del cuarto, su temible rival sacó apresuradamente de su seno un pomo que llevaba á prevención, y derramó en el vaso de agua, todo lo que dentro contenia: revolvió el agua apresuradamente con una pluma, y volvió á guardar en el acto el pomo ya vacío.

Apenas acabó de hacer esta operacion, cuando entró María, que, bien agena de lo que habia pasado en su ausencia, no reparó en la agitacion de Matilde; en esa agitacion que sigue á toda accion impía, y que se retrata en el rostro de los malvados. Pero la angelical María no advirtió nada de esto en la faz de su funesta rival, cuya escuela habia sido siempre el disimulo, y se sentó tranquila al lado de la que habia resuelto matarla, tomando sin recelo el chocolate. A poco entró la criada con el vaso de agua para la actriz, y las dos rivales volvieron á quedar solas en el cuarto.

—Imposible parece—dijo María acabando de tomar su chocolate y preparándose á

beber el agua—que haya personas que se complazcan en llenar de amargura el corazón de las personas honradas. ¡A quién perjudica mi primo con su opinion?... A nadie; él respeta la de todos, no se mezcla en revoluciones, y á ninguno ofende jamas.

—Ya sabe vd., María que, por desgracia, los buenos son los que mas padecen: por eso es preciso ponerse á la defensiva y burlar los golpes que asestan los malvados.

—Procuremos hacerlo para que Miguel, que acaba de sufrir el terrible golpe de la pérdida de sus padres, no reciba este nuevo contratiempo que le preparan sus enemigos.

Respondió María acercando el vaso á sus labios para apurar su contenido.

En la faz de Matilde brilló una alegría diabólica.... Se iba á realizar su infernal deseo....

Sus ojos seguian el movimiento de la mano en que estaba el bruñido cristal que

contenia en el fondo la muerte de la joven que odiaba....

María tocó el borde de aquel vaso fatal con su pequeña boca.... pero lo retiró de repente, y lo puso sobre la mesa sin probar su contenido.

Matilde temió que no tuviera efecto su venganza.

—¿No bebe vd. sobre el chocolate?

Preguntó la actriz, sonriendo forzada-mente para ocultar el disgusto que sufría.

—No he querido hacerlo hasta que vd. no bebiera la que le han traído.

—Bien; beberémos á una; lo habia dejado hasta refrescarme un poco mas.

Las dos jóvenes tomaron sus vasos.

Matilde empezó á beber el agua que contenia el suyo, fijando sus ojos, en tanto que lo hacia, en la confiada joven que apuró el líquido adulterado, sin sospechar que aquella mujer que se vendia por protectora, no habia ido con otro objeto que con el de asesinarla.

—¿Cosa extraña!... dijo María á los pocos instantes, y palideciendo horriblemen-

te.—¿El agua me ha helado la sangre!... siento discurrir un frio glacial, espantoso, por todos mis miembros... y hasta mi vista empieza á nublarse como si la empañase el velo de la muerte.

Matilde sintió el placer de los réprobos cuando ven padecer á la humanidad; cuyas dichas son su mayor condenacion, y se quedó recreando en los tormentos de su víctima, que aun no comprendia la causa de sus padecimientos.

—¡Ah!... ¡señora!...—añadió con lánguida voz y hundiéndosele los ojos hasta el cráneo—¡socorredme!... ¡llamad á alguno... antes que me muera!... ¡señor!... ¡suplico!...

Y su respiracion era cada vez mas violenta... su aliento frio como el aire nevado de las neveras....

—¡Por Dios.... señora!...—continuó viendo la tranquilidad con que Matilde la veia morir.—¡Tenga vd. compa... sion!... de.... mí!...

—No:—gritó Matilde acercándose á ella fijando en los casi apagados ojos de María

los suyos encendidos por el placer de la venganza.—¡No hay compasión para la que me ha humillado, para la que me ha robado el corazón del hombre que amo... que será mio cuando no exista la única persona que se atrevió á provocar mi enojo...!

—¡Dios mio!... ¡me ha engañado...! vd!... Exclamó María, estremeciéndose en la silla.

—¡Sí!... ha bebido vd. la muerte!...

Un temblor violento sacudió los miembros de la prima de Miguel; la sombra de la muerte se asomó á sus delicados párpados... sus labios se cubrieron de una palidez espantosa, y su sangre perdió poco á poco su circulación.

—¡Morir sin verle!

Pronunció mas bien con la intención que con las palabras.

—¡Sí!... era preciso!

Contestó la actriz con satánica satisfacción.

—¡Ah!... me ha engañado vd!

—No; la dije á vd. un día que olvidara á su primo ó que temiera mi venganza; le

brindé á vd. entonces con la paz ó con la guerra, y vd. abrazó la guerra... Pues bien, exclamó Matilde exaltándose por grados y gesticulando de una manera satánica, la lucha quedó aplazada, y hoy ha terminado con mi triunfo y con su muerte...

—¡Ah... pero ese triunfo es un crimen!

Dijo María con apagada y trabajosa voz.

—Sí; pero es un triunfo: un triunfo que me libra de una rival que me robaba el corazón del hombre que juró amarme á mí sola en el mundo... del hombre por quien desprecié á todos los hombres que codiciaban mi amor; del hombre que, si me olvida, no se unirá á mujer ninguna en la tierra, porque entre ella y el altar, se interpondrá mi venganza, como se ha interpuesto ahora entre vd. y el traidor que me ha engañado.

María se horrorizó al escuchar aquellas palabras pronunciadas con todo el furor que inspiran los celos en el corazón de una mujer olvidada y ofendida que ama con todas sus potencias.

—¡Callad, señora... callad... y socorredme!...

—¡Socorredme!... ¡No!... morir con la desesperación con que yo he vivido por causa vuestra.

—¡Por piedad, un confesor!... ¡un confesor, por la Virgen!...

Suplicó María viendo que su vida se acababa por momentos.

—Confesaos con Dios, y que él os absuelva.

Contestó con la mayor inhumanidad Matilde.

—¡Ah!... es vd. muy cruel conmigo... sí... muy cruel!...

Y María tembló con el frío de la muerte que se fué extendiendo rápidamente por todos sus miembros.

La actriz fijó en ella sus vengativos ojos, ansiosa de verle exhalar el último suspiro.

Poco á poco la vista de la infeliz víctima se fué amortiguando bajo el oscuro velo con que la muerte los iba velando: María volvió á estremecerse; perdió en seguida la fuerza de sus miembros, y cayó de la silla pronunciando estas palabras.

—¡La perdono á vd!...

Matilde se arrojó entonces sobre ella: le arrancó del cuello una llave que llevaba atada á un cordón negro: abrió apresuradamente con ella el cajón de la cómoda para ver si encontraba algunas cartas de Miguel; pero solo encontró el diario donde la infeliz llevaba los apuntes de su angustiada vida. Matilde abrió el cuaderno, creyendo descubrir por medio de él algún secreto: leyó los primeros renglones que se presentaron á sus ojos, y palideció como si la hora de su muerte hubiera llegado... A medida que iba leyendo, iba también creciendo su agitación... sus facciones estaban demudadas... un sudor frío corría por su frente... Un grito de terror se siguió á la lectura; el cuaderno se le cayó de las manos que temblaban como las de un azogado; y Matilde se arrojó sobre el cuerpo de María que yacía fría sobre el suelo: metió la mano en el seno de la víctima de sus zelos: sacó apresuradamente un medallón que llevaba guardado constantemente: fijó su vista en él, y vió escrito con firmes caracteres este nombre: "Matilde." Entonces exhaló un ¡ay! es-

pantoso; y clavando sus ojos arrasados en lágrimas en el cielo, exclamó con el acento de la desesperación.

—¡He matado á mi hermana!....

Y cayó sin sentido sobre el cuerpo yerto de la desgraciada María.

Al grito dado por Matilde, acudió Miguel que entraba en aquel momento á su casa, y se sorprendió con la vista de aquellos dos cuerpos que yacían el uno sobre el otro... Retrocedió espantado algunos pasos hácia la puerta, y llamó á Pablo diciéndole que llevara una luz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO IV.

Una historia.

Las diez del siguiente día sonaban en el reloj del convento del Cármén, cuando un hombre de arrogante presencia y finos modales, atravesaba la solitaria plazuela de San Sebastian.

De pronto se detuvo enfrente á una casucha de pobre aspecto, miró la letra que en sus frontis ostentaba, y seguro de que habia dado con lo que buscaba, penetró sin subir escalon ninguno, por una frágil puerta, á la húmeda habitación á que conducía, y que estaba al nivel del suelo de la plazuela.

—¡Don Enrique!

2845